

CARTA DIRIGIDA A UNA MUJER SIN AUTOESTIMA

Josefina Solano Maldonado

¿Existe el alma? La pervivencia de la propia personalidad es como la sed del hombre. Sin esta persistencia del “yo”, toda la creación no es para él otra cosa que un inmenso “¿para qué?”. Así, pues, prestad oídos a la fulgurante afirmación que surge del fondo de la conciencia. La suma de Dios que se muestra sobre la tierra en todos los hombres, se condensa en un solo grito que proclama la existencia del alma.

V. HUGO, W. Shakespeare, I, 5, 1

A ti, mujer

Esta mañana me he asomado al espejo y la he mirado. Allí estaba la otra, la máscara, la marioneta que sólo ríe si alguien tira del hilo, que dispone su boca de trapo en la absurda mueca de las sonrisas falsas. Ella, la otra, la que me miraba con sus ojos opacos desde el fondo del espejo, representa cada día la función esperpéntica frente a los seres salidos del callejón del Gato, frente a los seres escapados de la extravagante bohemia valleincalesca. La rutina, la maldita rutina... El desdén, el desprecio de sí misma y de los otros, el olvido de su condición de mujer... Ella se abraza una y otra vez al hombre que ama, yo intento susurrarle al oído que deseo quererlo, que deseo compartir con él la hermosura de una flor, el murmullo del viento, el olor de las olas, el color del cielo; ella lo abraza, lo abraza con desespero, yo le hablo de la belleza de la pequeñez que sólo pueden entender dos personas que se aman. Pero él busca a la otra, a la que tiene mi mismo cuerpo, a la que finge, a la que intenta sobrevivir en mitad de la podredumbre diaria de la inercia. “Búscame a mí, a mí, a mí...” Y él manosea los pechos de la otra, se agarra a la cintura de la otra, besa a la otra, se hunde con furia de animal en la otra... “Escúchame a mí, a mí, a mí...” Pero él satisface su placer de bestia en la piel cansada de la otra, hace mucho, mucho tiempo que no me dice que me ama. Se ha olvidado del amor, se ha olvidado de mí. Ella, ella, siempre ella, la muñeca de la risa boba, la marioneta que se

mueve al compás de la rutina, que responde a las letras de un nombre que la definen en el mundo grotesco de su realidad dónde nada tiene un por qué ni una justificación a su revés. Yo camino a orillas del mar olvidándome de ella, y me encuentro conmigo misma, una mujer cansada de vivir en la mentira, una mujer a la que le han pisoteado el alma, una mujer que quiere arrancarle gritos al silencio que la domina, una mujer que se pregunta la razón de su existencia. Me siento en la arena, y dejo que las olas se acerquen a mis pies y me acaricien, ya sólo las olas saben acariciarme, sólo el azul del mar puede reflejarme a mí, no a ella, a mí, a la que sabe arrancar lágrimas de la sonrisa descalabrada de la otra. ¿Por qué no puedo ser yo?. ¡Quiero ser yo!. Quiero ajustar cuerpo y conciencia, carne y alma, piel y cielo. Hoy voy a ser yo. Borro a la otra del espejo para dejar paso a la mujer que soy. “¿Qué te ha pasado?” “¿por qué te niegas a besarme?”

Él no la encuentra a ella, por primera vez en mucho tiempo me encuentra a mí. “Vuélvete a enamorar de nuevo, enamórate de mí y tendrás mis besos, mis caricias, mi cuerpo”. Me mira a los ojos y calla. Me mira otra vez a los ojos y calla de nuevo. Unos minutos eternos se desgajan de las saetas del reloj. Toma mis manos entre sus manos y me siente... Acaricia mis mejillas y me siente... Acaricia mi pelo y me siente... Me susurra al oído un verso “Vuelve a ser mujer para que te quiera”. Soy Dafne, y en una metamorfosis invertida, mi cuerpo de árbol se transforma en cuerpo humano. Quiero ser humana. Quiero ser mujer. Me siente, me siente entre sus brazos... Hoy vuelven a tener color las rosas, hoy el azul del mar es azul compartido, hoy mi nombre tiene sentido, hoy he sido escuchada, hoy soy yo misma, yo, mujer, mujer, mujer.